
CAPÍTULO 1

El día de mi muerte no tuvo ninguna gracia. Y no sólo porque me muriera. Para ser exactos, eso ocupó como mucho el puesto número seis de los peores momentos del día. En el puesto número cinco se situó el instante en que Lilly me miró con ojos de sueño y me preguntó:

—¿Por qué no te quedas en casa, mamá? ¡Hoy es mi cumpleaños!

Al oír la pregunta, me vino a la cabeza la respuesta siguiente: «Si hace cinco años hubiera sabido que tu cumpleaños y la entrega de los Premios TV coincidirían un día, habría procurado que nacieras antes. ¡Con cesárea!»

Pero me limité a decirle a media voz:

—Lo siento, tesoro.

Lilly se mordisqueó la manga del pijama con tristeza y, como yo no podía aguantar más esa mirada, rápidamente añadí la frase mágica que vuelve a poner una sonrisa en cualquier cara infantil triste:

—¿Quieres ver tu regalo de cumpleaños?

Yo aún no lo había visto. Se tuvo que encargar Alex, porque yo, con tanto trabajo, hacía meses que no iba a comprar a ningún sitio. Tampoco lo echaba de menos. No

había nada que me pusiera más nerviosa que perder un tiempo precioso en la cola del supermercado. Y las cosas hermosas de la vida, desde ropa hasta zapatos y productos de cosmética, no me hacía falta ir a comprarlas. Me las suministraban amablemente las mejores marcas por ser Kim Lange, la presentadora del programa de televisión de debates más importante de Alemania. La revista *Gala* me incluía entre las «mujeres mejor vestidas que rondaban los treinta», en tanto que otra gran revista de prensa rosa me definía menos halagadoramente como una «castaña regordeta con cartucheras». Me querellé contra la revista porque yo había prohibido publicar fotos de mi familia.

—Aquí tenemos a una preciosa mujercita que quiere su regalo —grité desde casa.

Y desde el jardín llegó el eco de una respuesta:

—¡Pues esa preciosa mujercita tendrá que venir aquí!

Cogí de la mano a mi emocionada hija y le dije:

—Anda, ponte las zapatillas.

—No quiero ponérmelas —protestó Lilly.

—¡Te vas a resfriar! —advertí.

Pero ella se limitó a contestar:

—Pues ayer no me resfrié. Y tampoco llevaba zapatillas.

Y, antes de que hubiera encontrado un argumento razonable contra esa lógica infantil cerrada y obtusa, Lilly ya corría descalza por el jardín, resplandeciente de rocío.

La seguí, derrotada y respirando profundamente. Olía a «pronto será primavera» y me alegré por millonésima vez, con una mezcla de perplejidad y orgullo, de poder ofrecerle a mi hija una fantástica casa con un enorme jardín en Postdam, cuando yo me había criado en un bloque de pisos prefabricados de la Alemania del Este. Allí, nuestro jardín apenas lo formaban tres jardineras, plantadas de geranios, pensamientos y colillas.

Alex esperaba a Lilly junto a una jaula para conejos que él mismo había montado. A sus treinta y tres años seguía siendo rematadamente atractivo, como una versión en joven de Brad Pitt, aunque, por suerte, sin su mirada seductora de aburrimiento. Su físico seguramente aún me volvería loca si las cosas aún hubieran ido bien entre nosotros. Pero, por desgracia, en ese momento nuestra relación era tan estable como la Unión Soviética en 1989. Y tenía el mismo futuro.

Alex llevaba fatal lo de estar casado con una mujer de éxito, y yo convivir con un amo de casa frustrado, cada día más harto de tener que oír los comentarios de las demás madres en el parque infantil: «Es geniaaal que un hombre se ocupe de sus hijos en vez de ir persiguiendo el éxito.»

Así pues, nuestras conversaciones empezaban a menudo con «Te importa más tu trabajo que nosotros» y acababan aún con más frecuencia con «Ojo, Kim, estás a punto de colmar el vaso».

Antes, al menos luego nos reconciliábamos haciendo el amor. Ahora ya hacía tres meses que no lo hacíamos. Y era una lástima, porque nuestras relaciones sexuales eran desde buenas hasta excelentes, todo dependía de si estábamos en mejor o peor forma aquel día. Y eso tiene que significar algo porque con los hombres que tuve antes de Alex las relaciones sexuales no habían sido precisamente como para hacer la ola.

—Aquí tienes tu regalo, preciosa —dijo Alex sonriendo, y señaló el conejillo de Indias que mordisqueaba en el cubil.

Lilly gritó entusiasmada:

—¡Un conejillo de Indias!

Y yo pensé, horrorizada: «¡Una conejilla de las narices preñada!»

Mientras Lilly contemplaba radiante de alegría a su nueva mascota, yo cogí a Alex por el hombro y me lo llevé aparte.

—Ese animal está a punto de tener crías —le dije.

—No, Kim, sólo está un poco gordo —me calmó.

—¿De dónde lo has sacado?

—De una protectora de animales —contestó con insolencia.

—¿Y por qué no lo has comprado en una tienda de animales?

—Porque ahí los animales están tan desesperados como los tipos que salen en tu programa.

¡Bang! Eso tenía que tocarme, y lo hizo. Respiré hondo, miré el reloj y dije con voz ahogada:

—Ni treinta segundos.

—¿Cómo que «ni treinta segundos»? —preguntó Alex desconcertado.

—No has estado ni treinta segundos hablando conmigo sin reprocharme que hoy voy a la entrega de los premios.

—No te reprocho nada, Kim. Sólo cuestiono tus prioridades —replicó.

Todo aquello me exasperaba, porque yo habría querido que él me acompañara a la concesión de los Premios TV. Al fin y al cabo, tenía que ser el mejor momento de mi carrera profesional. Y, maldita sea, mi marido debería estar a mi lado. Pero no podía cuestionar sus prioridades, porque éstas consistían en organizar la fiesta de cumpleaños de Lilly.

Así pues, dije con acritud:

—¡Y la coneja de las narices está preñada!

—Hazle un test de embarazo —replicó Alex secamente, y se fue hacia la jaula.

Lo miré echando chispas mientras él sacaba el conejillo y lo ponía en brazos de una Lilly supercontenta. Los dos le dieron de comer diente de león. Y yo estaba a un lado. En cierto modo, fuera de juego, lo cual se estaba convirtiendo cada vez más en mi lugar de costumbre dentro de nuestra pequeña familia. Un sitio nada agradable.

Y allí, fuera de juego, no pude evitar pensar en mi propio test de embarazo. No me venía la regla y conseguí ignorarlo durante seis días con una energía represora sobrehumana. Al séptimo hice un *sprint* hasta la farmacia a primera hora de la mañana con un «mierda, mierda, mierda» en los labios. Compré un test de embarazo, volví a casa con otro *sprint*, el test se me cayó dentro del váter de tan nerviosa que estaba, volví corriendo a la farmacia, compré otro test, regresé de nuevo corriendo, meé en el tubito y tuve que esperar un minuto.

Fue el minuto más largo de mi vida.

Un minuto en el dentista ya es largo. Un minuto de música y bailes tradicionales en televisión es todavía más largo. Pero el minuto que un puto test de embarazo necesita para decidir si marcará una segunda línea o no es la prueba de paciencia más dura del mundo.

Aunque aún fue más duro ver la segunda línea.

Consideré la posibilidad de abortar, pero no podía soportar la idea. Mi amiga Nina tuvo que hacerlo a los diecinueve años, después de nuestras vacaciones en Italia, y yo había visto lo mucho que había sufrido por ello. Tenía muy claro que, a pesar de la dureza a la que estaba acostumbrada por ser presentadora de un programa de debate, llevaría los remordimientos de conciencia mucho peor que Nina.

Así pues, siguieron nueve meses que me desconcertaron muchísimo: mientras de mí se adueñaba el pánico,

Alex me cuidaba con el máximo cariño y estaba increíblemente ilusionado con la criatura. De alguna manera, eso me ponía furiosa, pues me hacía sentir aún más como una madre desnaturalizada.

En realidad, el proceso del embarazo me resultó enormemente abstracto. Veía ecografías y notaba patadas en la barriga. Pero sólo en poquísimos y breves momentos de felicidad fui capaz de comprender que dentro de mí crecía una personita.

La mayor parte del tiempo estaba ocupada luchando contra las náuseas y los cambios hormonales. Y asistiendo a cursos de preparación para el parto donde tenías que «notarte el útero».

Seis semanas antes del parto dejé de trabajar y, tumbada en el sofá de casa, me formé una idea de cómo deben sentirse las ballenas varadas en la playa. Los días transcurrían con lentitud y, cuando rompí aguas, podría haberme sentido aliviada de que por fin llegara la hora si no hubiera estado precisamente haciendo cola en la caja de un supermercado.

Me tumbé enseguida en el suelo frío, como me había indicado el médico que hiciera en tal caso. A mi alrededor, los clientes comentaban cosas como: «¿No es Kim Lange, la presentadora de siempre?», «Me da igual, ¡la cuestión es que abran otra caja!» y «Me alegro de no ser yo quien tiene que limpiar esta porquería».

La ambulancia tardó cuarenta y tres minutos en llegar, durante los cuales firmé algunos autógrafos y tuve que aclararle a la cajera que se había creado una falsa imagen de los presentadores masculinos de las noticias («No, no todos son maricones»).

Al llegar al paritorio empezó un parto de veinticinco horas. La comadrona no paraba de estimularme entre los

terribles dolores: «Sé positiva. ¡Dale la bienvenida!» Y yo, desquiciada por el dolor, pensé: «Si sobrevivo, te mato, zorra.»

Creí que me moría. Sin Alex y sus maneras tranquilizadoras seguramente no lo habría soportado. No dejaba de repetirme con voz firme: «¡Estoy contigo! ¡Siempre!» Y yo le apretujaba la mano con tanta fuerza que pasó semanas sin poder moverla bien. (Las enfermeras me confesaron después que siempre ponían nota a los maridos según el cariño con que trataban a sus mujeres en las horas estresantes del parto. Alex consiguió un sensacional 9,7. La nota media general era de 2,73.)

Cuando, después de aquel tormento, los médicos me pusieron a Lilly —completamente estrujada por el parto— encima de la barriga, todos los dolores quedaron olvidados. No podía verla porque los médicos aún me estaban atendiendo. Pero notaba su piel suave y arrugada. Y ése fue el momento más feliz de mi vida.

Ahora, cinco años después, Lilly estaba delante de mí en el jardín y yo no podía celebrar con ella su cumpleaños porque tenía que ir a Colonia a la entrega de los Premios TV.

Tragué saliva y me acerqué con el corazón encogido a mi pequeña, que estaba pensando un nombre para la conejilla («Se llamará Pipi, Pedorreta o Bárbara»). Le di un beso y le prometí:

—Mañana pasaré el día contigo.

Alex comentó con desdén:

—Si ganas el premio, mañana estarás todo el día concediendo entrevistas.

—Pues entonces pasaré el lunes con Lilly —repliqué mosqueada.

—Tienes que reunirte con los de la redacción —contraatacó Alex.

—Pues no iré.

—Sí, seguro —dijo con una sonrisa sarcástica que despertó en mí el profundo deseo de meterle un cartucho de dinamita en la boca. Y concluyó—: Nunca tienes tiempo para la niña.

Al oírlo, los ojos tristes de Lilly dijeron: «Papá tiene razón.» Y eso me llegó al alma. Tanto que me puse a temblar.

Desconcertada, le acaricié el pelo a Lilly y le dije: «Te juro por lo más sagrado que pronto pasaremos juntas un día fantástico.»

Lilly sonrió débilmente. Alex se disponía a decir algo, pero lo atravesé con la mirada y, sabiamente, se lo repensó. Seguro que vio en mis ojos un atisbo de los cartuchos de dinamita. Estreché de nuevo a Lilly, salí a la terraza,¹ entré en casa, respiré con fuerza y pedí un taxi al aeropuerto.

A estas alturas aún no sospechaba cuán difícil sería cumplir con la promesa que había hecho a Lilly.

1. De las memorias de Casanova: En mi vida número ciento trece como hormiga, un día me dirigí a la superficie con una compañera. Por orden de la reina, teníamos que reconocer el terreno alrededor de nuestro dominio. Marchábamos bajo un calor abrasador sobre unas piedras ardientes, caldeadas por el sol, cuando, en unos segundos, el sol oscureció de un modo casi apocalíptico. Mis ojos otearon el cielo y vi la suela de una sandalia de mujer descendiendo imparable hacia nosotros. Fue como si el cielo cayera sobre nuestras cabezas. Y entonces pensé: «Una vez más tengo que morir porque un humano no presta suficiente atención a sus pasos.»